

Un deseo cumplido

Miriam Gutiérrez Lozano

Presenta una doble ventaja el oficio de escritor de cuentos frente al de los cultivadores de otros géneros, y es que permite la frecuente reelaboración y recopilación de la obra. De los grandes fabuladores han sido muchos los que han confesado el irresistible afán por retocar y perfeccionar; además, resulta evidente que el género se presta a la recopilación, y de ello tenemos notables pruebas a lo largo de la historia de la literatura. Las citadas circunstancias hacen que la obra del cuentista parezca estar siempre viva, en movimiento constante, de modo que las primeras producciones no suelen quedar en el olvido, sino que vuelven a aparecer en el momento más inesperado, modificadas y renovadas, llenas de frescura.

Me gusta contar resulta ser un buen ejemplo de todo ello. Es ésta una estupenda selección personal de narraciones, en algunas de las cuales no pudo resistir el autor, Antonio Pereira, la tentación de revisar y retocar. Ve cumplido así su deseo de agrupar -como señala en la introducción- una serie de cuentos pertenecientes a sus anteriores libros -*El ingeniero Balboa y otras historias civiles, Los brazos de la i griega, El síndrome de Estocolmo, Picassos en el desván, Las ciudades de Poniente y Relatos sin fronteras*-; completando el volumen con otros inéditos o recogidos en publicaciones periódicas.

En esta selección el criterio de agrupación no es cronológico -como tal vez cabría esperar-, sino que, bajo una serie de títulos o epígrafes que de algún modo definen la línea temática, incluye Pereira los que considera sus mejores relatos. En este sentido, y a estas alturas de su carrera como narrador -once títulos en su haber-, podemos afirmar que esta publicación supone un verdadero hito dentro de su trayectoria literaria. El escritor nos ofrece, en un solo volumen, las mejores páginas de su producción, desde que en 1957 publicara su *Cuento de Nochebuena*.

Tiene Pereira la sana costumbre de ganarse al lector desde las primeras líneas, haciéndole participar activamente como cómplice del narrador. Pero, además, esta vez el propio título es ya una verdadera tentación, pues despierta nuestro interés con una confesión en toda regla, una revelación que es casi una promesa de lo que vendrá a continuación. *Me gusta contar*. Efectivamente, ningún lector se sentirá decepcionado, pues como se comprueba es el producto de un verdadero artífice del

género, tras cuyas historias creemos oír por momentos su propia voz, aproximándose con sutileza a la narración oral.

Desde la cordialidad y la amistad -como afirma el autor en el decálogo para cuentistas de la introducción- nos presenta un variado surtido; excelente muestra de su arte narrativo. De modo que, dado su carácter recopilador, hablar de *Me gusta contar* significa hablar de toda su obra.

Las anécdotas y las sorpresas de lo cotidiano son la esencia de las cerca de setenta narraciones que lo forman. Las historias oscilan entre lo provinciano y lo cosmopolita. No olvidemos que, nacido en Villafranca del Bierzo e íntimamente ligado a su tierra, Pereira se acercó al género escuchando narraciones orales, pero, tras iniciarse en el costumbrismo, superó los límites gallego-leoneses para convertirse en un narrador universal. Por lo tanto, este cuentista sin fronteras tan pronto nos sorprende con una historia en una ciudad de Poniente, como en una clínica de Madrid o en una casa de citas en Acapulco. En cualquier caso, el mensaje del narrador berciano es único, tal y como en alguna ocasión nos confesaba: «Erotismo, humanidad, ternura, ironía sin llegar al sarcasmo, frustración o, mejor dicho, conformidad con el destino pequeño de las gentes...».

La diversidad temática y técnica que encontramos hace que se disfrute con diferentes estilos narrativos. Desde la fábula de corte tradicional -caso de El ingeniero Balboa, cuya acción gira en torno al aprendizaje amoroso de un joven- hasta el relato experimentalista, brevísimo, casi anecdótico -como sucede en la triste historia de *Una novela brasileña* o en la curiosa anécdota de *Picassos en el desván*-.

En muchas ocasiones, aparece el componente erótico, mostrándose con gran elegancia y sutileza, caso de *Las erotecas infinitas* en el que un hombre le lee a su mujer varias historias que se sustentan sobre la conocida técnica de las cajas rusas. Más cerca de la sensualidad están otras páginas, como la íntima relación que vive en una fiesta el protagonista de *Palabras, palabras para una rusa*. Otras veces es el humorismo irónico el que le permite al autor atenuar las tragedias cotidianas y la comicidad casi grotesca del acontecer de sus personajes,' revelándose tierno y comprensivo ante lo que observa, tal y como sucede en el inolvidable relato *Así empezó Lourido*.

La acción concisa, la habilidad y el ingenio en la caracterización de personajes, el dominio del desenlace y la depuración lingüística y técnica nos indican, sin lugar a dudas, que nos encontramos ante el gran maestro de la narrativa breve española, cuyas historias acabarán superando la temporalidad, como toda la buena literatura.